

**PARADOJAS DEL DESEO:  
Del Uno al Sinthome<sup>1</sup>**

*Luchamos por hombres y mujeres cuya poesía aún no ha sido escrita.*

*Robert Gould Shaw*

La ética del psicoanálisis depende de un despojo y una insistencia en una poética de las relaciones. El trabajo con el psicoanálisis, en la clínica o en lo social siempre dependerá de *un* encuentro con el otro. Muchas prácticas también requieren este encuentro. Sin embargo, lo que distingue radicalmente al psicoanálisis es el respeto por el abismo de lo Real entre el yo y el otro.

La tendencia hoy es desinfectar lo "inmundo" desterrando de la realidad lo que nos recuerda nuestra precariedad, finitud y conflicto, aboliendo las diferencias con discursos de promesas globalizadas de salud y felicidad. Es grande la tentación de caer en las "fórmulas fáciles" que reducen a un sujeto a su organismo y comportamiento. Entre los analistas, sin embargo, la apuesta es, a través de un lazo de trabajo, insistir en lo Real de la trágica experiencia humana, en la contracorriente de políticas/prácticas totalizantes/ universalizantes: de esto depende su ética y su política.

Por lo tanto, en lo que respecta a la formación de los analistas, que implica ya sea nuestra posición en la clínica o en el trabajo con otros campos de intervención, es fundamental insistir en la *escucha de las sonoridades singulares* en su (des)encuentro, tal vez como una forma única de que emerjan nuevas escrituras y formas singulares de transmitir el psicoanálisis sin que perdamos de vista los cuestionamientos:

- ¿Qué puede hacer el psicoanálisis?

---

<sup>1</sup> Texto presentado en el VIII Congreso Internacional de la Convergencia Lacaniana-Movimiento para el Psicoanálisis Freudiano, *¿QUÉ ÉTICA PARA LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA EN LA ACTUALIDAD?*, 24, 25, 26 y 27 de mayo de 2023. Trabajo institucional de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de Vitória-ELPV. Grupo de Trabajo: Darlene Gaudio A. Tronquoy, Maria Celeste Faria, Renata Conde Vescovi, Maria Cecília Oliveira, Ruth Ferreira Bastos, Felipe Candido da Rocha.

- ¿Qué podemos nosotros, como sus operadores éticos, *apostadores al triunfo del sujeto para actuar en conformidad con su deseo*, incluso en una sociedad en agonía?

- ¿Cómo establecer el vínculo entre el sujeto para actuar según su deseo si no se le da a conocer su implicación en el destino de la sociedad en la que habita?

No queremos responder a estos interrogantes, sino sólo abrir vías que nos sitúen en la estela de la subjetividad de nuestro tiempo, sin la cual nuestra tarea no encontrará sus efectos. Por eso tomaremos la segregación en su sentido más amplio como quizás siendo la marca más profunda de nuestra época: ella arroja al mar, todos los días, cuerpos desesperados en busca de un exilio acogedor. Segregado en una "galera social", el sujeto posmoderno "se encuentra" exiliado de la existencia.

*La segregación* es hoy un síntoma social del que aún no hemos presenciado todas las consecuencias, como Lacan nos señaló en su tiempo. Aunque ya hemos estado teorizando sus efectos, la pandemia que hemos vivido recientemente los ha revelado violentamente. No tenemos otra salida que sacar de esto las enseñanzas de un "despertar" provocado por este Real que atravesó el mundo cuestionándonos sobre nuestra -la de los analistas- praxis: la intimidad de la clínica, la formación e incluso sobre nuestra perspectiva de mirar lo social, sobre nuestra contemporaneidad.

Lacan nos advierte que tendríamos que lidiar con la segregación, no sólo en el dominio psiquiátrico, sino de manera generalizada. "La entrada en el reino del niño generalizado es la entrada en el reino de la segregación". ¿Estaríamos ante este niño "generalizado", caprichoso, rodeado de narcisismo primario, que "conserva su libido al egoísmo de su autoconservación" (FREUD, 1974, p. 214) y por lo tanto intolerante a las diferencias, a menudo melancolizado y a punto de arrojarse al vacío de su existencia? A menudo son sujetos que vociferan, insultan bajo el imperativo de un superyo arcaico que exige un goce desenfrenado. Desresponsabilizados de su palabra, se encuentran inmersos en el empobrecimiento del discurso. Privados de la mediación simbólica que introduce en las certezas paranoicas el beneficio de la duda, repudian la metáfora como recurso sublimatorio a las grietas en el lenguaje que nos llevan a enunciaciones y nos llaman a extraer un nuevo saber de lo que siempre queda por decir.

Desde Marx, hemos sabido que el hombre inventó la forma más sofisticada de explotación. Freud lo denuncia a su manera, y Lacan (1992, p. 76) afirma: "Lo que Marx denuncia en plusvalía es la expropiación del goce". Memorial del plus-de-gozar, siendo su equivalente, define la "sociedad de los consumidores". En ella, lo que calificamos como "humano" se vuelve homogéneo con este plus-de-gozar forjado por la industria. La "plusvalía" imprimió su marca y el capitalismo que se nutre de ella no deja de sofisticar tal forma de explotación que ha agitado la Tierra, provocado guerras y olas migratorias gigantescas que no cesan.

El "progreso" ha cambiado profundamente la vida cotidiana de las personas. Basta con que comparemos los siglos anteriores a la llamada "Revolución Industrial" y nuestros tiempos. Él trajo transformaciones que incluyen una parte de la población mundial, sin embargo, una gran masa de personas en su mundo está literal y cruelmente excluida. No hay alfombra que pueda ocultar esta "realidad". La exclusión, la segregación, ¡está en todas partes!

Freud, en el "Malestar en la Cultura", consideraba ingenua la idea de que el "progreso" pudiera explicar el *unbehagen*, el malestar inherente a la *kultur*. Escrito en 1929, este texto anuncia el fracaso de la promesa Iluminista de felicidad y bienestar colectivos, el fracaso de la racionalidad para controlar los males producidos por las "conquistas civilizatorias". Los hombres, nos dijo allí Freud (1974, p. 133), "no son criaturas gentiles", dispuestas a ayudar y dejarse amar. Son criaturas dispuestas a la agresividad cuyo prójimo no es más que un "ayudante" u "objeto sexual", siempre dispuestas a tomarlos sin su consentimiento, a apoderarse de sus bienes, a explotar su trabajo sin la debida compensación, a humillarlo, a causarles sufrimiento y muerte; aunque dispongan estas "criaturas", de salidas sublimatorias, de amor, de Arte, ningún "proyecto" es capaz de eliminar el sufrimiento de la vida, la infelicidad. Es frente a esto, de este Real, que debemos cuestionar nuestra práctica y ética.

El deber ético de Freud lo llevó a continuar su camino sin borrar las huellas de lo que lo había precedido. Su rigor y ética guiaron sus acciones en relación con lo que la comunidad científica y la sociedad de su tiempo podían esperar de él. Sin embargo, no fueron suficientes para que la "estética de la recepción" de su público aceptara la verdad de lo que enunciaba: la develación de las leyes del inconsciente y sus relaciones con la sexualidad y la muerte. Fue, entonces, desde

una posición "exiliada", "segregada" que Freud persigue, solitariamente, en su arduo trabajo: la invención de la clínica apoyada por el psicoanálisis.

Es también en la posición de "hereje, expulsado, exiliado y segregado" de su "sociedad" que Lacan refunda y lleva a las últimas consecuencias la virulenta vía inaugurada por Freud para abordar la clínica y la formación del psicoanalista. Para ello, ambos se apoyaron en una ética sostenida en una posición de *extimidad*. Por lo tanto, fueron "contemporáneos" porque, aunque inmersos en sus realidades históricas, desde sus posiciones "segregadas" pudieron arrojar luz sobre las tinieblas y la subjetividad de su tiempo (AGAMBEN, 2009, p. 28).

Frente a sus paradojas, Lacan explica que el "deber ético" tanto del sujeto como del psicoanalista es "actuar en conformidad con el deseo que lo habita". Así, en su Seminario sobre la *Ética, libro 7*, nos confronta con preguntas que nos desafían en nuestra singularidad, en la clínica, así como en nuestra responsabilidad frente a lo colectivo. En él, Lacan trató de sacar la ética del campo de la moral, subvirtiendo la ética aristotélica, para resituirla en el campo del deseo, del erotismo.

En lo que respecta al hombre, no hay progreso, nos dice Lacan (1976-77, p. 13). Con cada sujeto que viene al mundo, la ley civilizadora necesita ser reeditada. Prueba de ello es que las naciones de todo el mundo, una tendencia actual, se han enredado en un proceso galopante de invasiones e cuño nazi-fascistas, lo que nos lleva a un serio cuestionamiento sobre nuestra función frente a lo que está sucediendo: ¿cómo encontrar y establecer el vínculo entre el sujeto a actuar conforme a su deseo, el más íntimo, y su implicación en el destino de su mundo? ¿Es esto posible? Para Lacan, la posición de poder frente al deseo nos deja un enigma. Dice, preguntando:

« ¿Qué proclama Alejandro llegando a Persépolis al igual que Hitler llegando a París? Poco importa el preámbulo: -He venido a liberarlos de esto o de aquello-. Lo esencial es lo siguiente: -Continúen trabajando. Que el trabajo no se detenga-. Lo que quiere decir, que quede bien claro, que en caso alguno es una ocasión para manifestar el más mínimo deseo. La moral del poder, del servicio de los bienes, es: en cuanto a los deseos, pueden ustedes esperar sentados. Que esperen »<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Lacan, Jacques (1990) *El Seminario de Jacques Lacan Libro 7. La ética del Psicoanálisis*, Buenos Aires-Ediciones Paidós.

La advertencia de Lacan nos hace imaginar la escena considerando la banalización del mal: a lo largo de su permanencia nos vamos acomodando... pero ¡otro camino es abrir bien los ojos y los oídos! Para ello, en el campo del psicoanálisis, tenemos el discurso del analista, que no es propiedad de los psicoanalistas, el efecto de un decir, sino que siempre está amenazado con ser *verwefung* del lazo social. Es, por lo tanto, responsabilidad ética del psicoanalista dialogar con otros saberes, teniendo en cuenta la subjetividad tejida por los enunciados discursivos de su época ofreciendo su grano de saber. ¿Pero cómo? ¿Sigue siendo subversivo el psicoanálisis? ¿Qué puede hacer frente a las promesas actuales de felicidad?

Si hay algo cercano a la felicidad, frente a la ingobernable de la pulsión de muerte, "solo si es por arte de magia", es decir, cuando, paradójicamente, reconocemos lo imposible de "alcanzarla, ya que la medida de la acción humana es su *hybris*, con su arrogancia y sus excesos" (AGAMBEN, 2007, p. 23). Y *hybris* es uno de los nombres del goce parasitario del síntoma, de aquello inscripto por el *Uno* que particulariza a un sujeto, pero que se convierte en fuerza constante para mirar al hombre desde dentro de sí mismo, convirtiéndolo en su propio enemigo haciéndolo buscar en la cultura el refugio para su desamparo.

Tal vez podamos llamarlo "desafío"... hoy, lo nuestro, no solo en el campo psicoanalítico, sino en otros, e incluso en relación con el psicoanálisis, es sostener "éticas" que vinculen la pluralidad en el colectivo, estableciendo "poéticas de relaciones horizontales" como nos propone Édouard Glissant (2021). El poeta francés nos invita a dejarnos atravesar por lo que él llama el "pulsión poética del lenguaje", "dimensión política de denuncia de la violencia" que segrega diversas voces surgidas del colonialismo norteamericano y eurocéntrico (GLISSANT, 2021, p.13). Es un acto político dejarse contaminar por la "errancia y multiplicidad sonora de otras culturas" estableciendo "poéticas de relaciones" (ídem, p. 21). Esta experiencia provoca el encuentro con el extranjero en nosotros, con nuestra alteridad, abriendo la posibilidad de tejer narrativas que respeten las diferencias discursivas, la fractura de lo Real que nos es común. ¿Es posible soportar el choque que la alteridad presente en el discurso del diferente produce en nosotros sin segregarlo? ¿Es posible atreverse a experimentar poéticas de relaciones que nos separan de nuestra "geopolítica"

para habitar un espacio cuyo paisaje es el decir que causa disonancia atravesándonos en el encuentro con el otro?

La tarea política y poética de Glissant hace pensar en el trabajo de los analistas en *Convergencia*, en la supervivencia del psicoanálisis. Si tiene alguna posibilidad de continuar es precisamente abriéndose a sonoridades singulares que resuenan desde un decir inscribiéndose en otros, produciendo diferentes modos de transmitir el psicoanálisis, no sin el rigor de los conceptos establecidos por Freud y Lacan.

La tarea de transmitir lo intransmisible del psicoanálisis depende del duelo del analista llevado a cabo en su experiencia en el diván. Despojarse del propio narcisismo y abrirse al encuentro con la alteridad que se presenta en el otro, esto requiere lo que Glissant llamó la "separación de los prejuicios monolingües", porque la idea de que "mi lengua es mi raíz y no puedo separarme de ella para abrirme a otras sonoridades" puede dejarnos narcisísticamente paralizados, enfatuados, como si hubiera apenas una sola forma de transmisión del saber. "Después de todo, ¿qué se tiene que hacer de nuevo cuando se cree que solo una sola lengua puede darnos la clave del progreso?" (GLISSANT, p. 24).

¿Podemos afirmar entonces que nuestra ética debe ser contemporánea? ¿Qué debería permitirnos seguir construyendo "picaduras" en el bosque civilizador, esperando sin esperar, para extraer algún saber de la claridad trazada por el efecto del "fracaso" – *l'insu que sait* – que el inconsciente, en su dimensión privada y pública, produce en el discurso de su época? ¿Puede una "poética de las relaciones" ayudarnos en el agenciamiento de un pasaje del *Uno* al *sinthome*?

## REFERENCIAS

BECKETT, Samuel. *Esperando Godot*. Tradução: Fábio de Souza Andrade. São Paulo: Cosac & Naify, 2002.

ÉDOUARD, Glissant. *Poética da Relação*. Rio de Janeiro : Editora Bazar do Tempo, 2021.

LACAN, Jacques. *O Seminário, livro 17, o avesso da psicanálise (1969-1970)*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editora, 1992.

FREUD, Sigmund. «O Mal-Estar na Civilização». In: *Obras completas*. Tradução de Jayme Salomão. Rio de Janeiro: Imago Editora LTDA, 1974, v. XXI.